

Juanmi Gutiérrez. Cine y Libertad

Carlos Roldán Larreta

Mi relación con Juan Miguel Gutiérrez es paralela a mi aventura literaria dedicada al cine de Euskal Herria. Conocí a Juanmi a principios de la segunda mitad de los noventa tras la lectura de mi tesis doctoral dedicada al cine vasco. En esos días buscaba una editorial que publicara mi tesis y me recomendaron acudir a Eusko Ikaskuntza-Sociedad de Estudios Vascos.

Ahí se empezó, con muchas dificultades, a fraguar mi sueño de publicar un libro. Y el presidente de la sección de cine de Eusko Ikaskuntza era entonces Juanmi. Cuando le conocí, en la primera reunión, él, para mí, tenía una cierta aureola de mito. Llevaba años documentándose y escribiendo sobre el cine vasco contemporáneo y si bien Juanmi Gutiérrez no era en esos momentos un director consolidado, como Imanol Uribe o Montxo Armendariz, por poner solo dos ejemplos, sí pertenecía a una raza de pioneros que habían sentado las bases del cine vasco durante la Transición sin llegar, desgraciadamente, a gozar de las mieles del éxito que supuso para muchos cineastas la posterior eclosión del cine de Euskadi. Directores tan interesantes como Jon Heinink, Mirentxu Loyarte, José María Zabala o Fernando Larruquert formaban parte, como Juanmi, de una generación de cineastas malditos que se quedaron, por unas razones u



Juanmi Gutiérrez en el paraje de Lamizulo. 3 de abril de 2017.
Fotografía: Carlos Roldán Larreta

otras, a las puertas de desarrollar una carrera en los ochenta. Juanmi en todo caso, en esos días de Eusko Ikaskuntza, se había hecho ya con un hueco dentro del cine vasco. Ahí queda ya para la posteridad *Balantzatxoa* (1978), el primer largometraje en euskera dedicado al público infantil en la historia del cine de Euskal Herria. Y había formado parte de una aventura de leyenda, la serie *Ikuska*, realizando el *Ikuska* nº 15, *Euskaldunberriak*, dedicado a la enseñanza de adultos del euskera. Un pionero del cine vasco, en suma, con el que viví de cerca la publicación en el seno de Eusko Ikaskuntza de su libro *Sombras en la caverna. El tempo vasco en el cine* (1997)¹, un ensayo sobre “la manera vasca de ver el mundo a través del Cine”. No era en todo caso su primera incursión literaria sobre esta temática. En *Haritzaren negua: Ama Lur y el País Vasco de los años 60* (1993) se había acercado a *Ama Lur* analizando, entre otras cosas, los sistemas de financiación de la película y realizando un detallado y valioso análisis estructural de la misma². En 1999 logré por fin publicar mi tesis doctoral *El cine del País Vasco: de Ama Lur a Airbag* en la misma colección que *Sombras en la caverna*, y nuestros nombres quedaron unidos dentro de un ilusionante proyecto editorial realizado al abrigo de Eusko Ikaskuntza. En 2002 Juanmi me animó a participar en el *XV Congreso de Estudios Vascos: Donostia-Baiona 2001. Ciencia y cultura vasca, y redes telemáticas*. Yo leí una ponencia dedicada a la industria del cine vasco mientras Juanmi ahondaba en el tema principal de su libro con la ponencia “Características de un cine vasco (rastreado las señas de identidad de nuestro cine)”. Fue mi primer congreso y

allí, en el palacio Kursaal de Donostia, estaba asustado por la responsabilidad de hablar ante tanto público. Fue una suerte tener a Juanmi cerca durante mi intervención. Al acabar mi disertación me tomó del brazo y me felicitó efusivamente. Qué alivio, en un momento así, encontrar un gesto de apoyo. Al enterarme de su muerte esa fue una de las primeras imágenes que vinieron a mi memoria al recordar a Gutiérrez.

Por supuesto, cuando en 2003 publiqué *Los vascos y el séptimo arte. Diccionario enciclopédico de cineastas vascos* dediqué una entrada a su figura. En ella detallaba la primera etapa de Juanmi en el cine³, su trayectoria en super-8 donde destacan, además de las ya citadas *Balantzatxoa* y *Euskaldunberriak*, obras realizadas en su estancia en Bruselas como *Fiestas de invierno* (1972), *Ay, pena, penita, pena* (1972) o su largometraje de fin de carrera tutelado por André Delvaux *Los emigrantes* (1975). Ya de regreso a Euskadi Gutiérrez dirigió películas como *Viudas de vivos e muertos* (1976) o *Izeba Rosa* (1979). Esta última logró el premio Mauro Azcona del Festival de San Sebastián.

A esta primera etapa siguió un periodo largo de tiempo ocupado en gran parte por el trabajo de Gutiérrez en el Instituto de Euskaldunización y Alfabetización de Adultos HABE donde creó audiovisuales para la enseñanza del euskera. Y aquí hay que destacar la realización de la mítica serie *Bai Horixe*, cantera en la que muchos de los actores de Antzerti dieron sus primeros pasos ante las cámaras y fueron adquiriendo experiencia para trabajar en el cine. Nombres

1. GUTIÉRREZ MÁRQUEZ, Juan Miguel. *Sombras en la caverna. El tempo vasco en el cine*, Donostia: Eusko Ikaskuntza, 1997, pág. 7.

2. En 2005 Juan Miguel Gutiérrez realizó un trabajo similar en la publicación *Gipuzkoa. Ikusmiran. Puntos de vista acercándose esta vez al largometraje documental de Pío Caro Baroja Gipuzkoa* (1979).

3. Este artículo no pretende en ningún caso elaborar un análisis exhaustivo de la obra cinematográfica de Juanmi Gutiérrez. Es más bien una aproximación a su cine desde mi relación personal con él a partir de la segunda mitad de los noventa hasta la fecha de su muerte. Quiero agradecer a su hijo Pello la información que me ha proporcionado sobre su obra. Una información que no solo contiene una completa filmografía sino también unas lúcidas consideraciones sobre la misma.

consagrados del mundo de la interpretación del cine vasco como José Ramón Soroiz, Carlos Zabala, Klara Badiola, Pilar Rodríguez, Ramón Agirre, Mikel Garmendia, Elena Irureta, Kontxu Odriozola, Agustín Arrazola o Eneko Olasagasti, entre otros, encontraron un cómplice en Gutiérrez. De hecho, entre 2008 y 2009, cuando escribí los tres tomos dedicados a los *Secundarios vascos de primera*, muchos de estos actores recordaban con verdadero cariño el trato recibido por Juanmi Gutiérrez en esos momentos iniciales de sus carreras.

Una segunda etapa en la carrera de Juanmi, definida por su hijo Pello como “etapa familiar”, está caracterizada por la realización de primeras pruebas con el cine digital en MiniDv. Son cortometrajes documentales producidos en familia donde Juanmi hace un descubrimiento fundamental; puede dirigir películas sin ayudas ni grandes equipos de producción. Esta etapa, en la que se pueden destacar películas como *Cuentos de mayo* (1998) o *Paisaje con nieve* (pequeña canción) (2000), dura desde 1990 hasta 2003. Ya a partir de 2003 hasta sus últimos días Gutiérrez desarrolló una interesante carrera centrada en el largometraje documental. Yo, sin contacto ya con él porque me fui alejando de la actividad en Eusko Ikaskuntza, veía en la prensa, de vez en cuando, noticias sobre estrenos de Juanmi en los festivales. Concretamente el Zinemaldia fue un lugar recurrente de encuentro entre las propuestas de Gutiérrez y los espectadores. Y me llamaba la atención la intensidad de su producción en esos años. Entre 2004 y 2019 Juanmi rodó 19 películas... más de una película al año. El cine se convirtió en el motor de su vida y a partir de 2010, fecha en la que se jubiló, la realización de documentales fue su actividad principal. Era un cine al margen de la industria, autoproducido, realizado en solitario, con la ayuda de su mujer Kany Peñalba que firmaba como productora en los títulos de crédito, y en el que palpita siempre un anhelo

insaciable de libertad. De hecho, para entender mejor esta postura militante de francotirador solitario hay una anécdota que ilustra de manera esclarecedora la forma de afrontar la realización cinematográfica por parte de Gutiérrez. Según relata su hijo Pello en carta personal al redactor de estas líneas su aita se ocupaba de todo el proceso de producción, de principio a fin, y para ello construyó una serie de carros de la compra en los que transportaba el material que necesitaba. En cuanto a la temática el cine de Gutiérrez es un cine de carácter íntimo, sencillo, alejado de excesos grandilocuentes y muchas veces implicado con el compromiso social. Temas que le conmovían o le interesaban por determinadas razones se convertían en una obsesión que él acababa inmortalizando en celuloide. Juanmi calificaba su obra como “cine pobre”; este es un término adoptado de Cuba y se adapta a la perfección a la manera de trabajar de Juanmi; un cine de bajo costo realizado en vacaciones o en su tiempo libre y un cine, como ya he comentado, consagrado a la libertad, ajeno a patrocinadores, presupuestos o políticas de ayuda. Estas películas, en mi opinión, rebosan calidad y nada tienen que envidiar a documentales de directores asentados en la industria y con posibilidad de estrenar en salas.

Fue a partir del verano de 2015 cuando pude profundizar de verdad en la carrera cinematográfica de Juanmi Gutiérrez. La Filmoteca Vasca nos encomendó, a Juanmi y a mí, la redacción de un libro sobre Fernando Larruquert, codirector de *Ama Lur* (1968), la sólida base sobre la que se cimentó la cinematografía vasca moderna. Ese verano nos reunimos en Irun varias veces para entrevistar a Larruquert. Horas y horas de conversación sobre cine, política, aventuras y desventuras, viajes mágicos, sueños frustrados... guardo en mi memoria para siempre la huella de esas charlas en el Estudio de Fotografía Lamia de Irun. Creo que no fui capaz entonces de

comprender lo afortunado que era de estar allí. Al acabar el verano, mientras Gutiérrez seguía trabajando en un nuevo proyecto cinematográfico, yo empecé a transcribir las largas horas de entrevistas, a redactar las notas y a coordinar diversos aspectos del libro. Mientras, mantenía contactos constantes con Larruquert, para hacer correcciones a la entrevista y con Gutiérrez, que estaba al tanto de todos los pasos que yo iba dando con el texto. Así pude ser testigo de su trabajo en el cine. Porque en ese periodo rodó *Oihalak adarretan – Telas en las Ramas* (2016), un documental sobre el pueblo armenio, su cultura y su historia, marcada por el brutal genocidio sufrido a manos del gobierno de los Jóvenes Turcos del imperio otomano. En una de esas reuniones, que acabó en una comida en Iruña, propusimos ideas sobre el título del libro que íbamos a firmar juntos. Yo me inclinaba por jugar con las posibilidades del término “frontera” mientras él proponía subrayar la faceta heterodoxa de Larruquert. Lógico por otra parte. Era inevitable que Gutiérrez se sintiera plenamente identificado con el Larruquert instalado al margen de las normas establecidas por el *establishment* cinematográfico. Como a los dos nos gustaba la propuesta del otro acordamos madurar la decisión sobre el título con más tiempo y, aparcado el tema del libro, se inició entonces una conversación fascinante. Más bien un monólogo de Juanmi, porque entonces me habló largo y tendido del documental de Armenia. No solo viajó allí. Dio pasos para poder contactar en París con mi admirado Charles Aznavour, descendiente de armenios que huyeron del genocidio turco. Soñaba con incorporar su testimonio para *Oihalak adarretan*. Su entusiasmo y su pasión parecían no tener límites. Fui una de las primeras personas que vio el primer copión de este magnífico documental. En aquellos encuentros, tras revisar los avances de *Desde la frontera: El cine de Fernando Larruquert*, — ese fue finalmente el título elegido para

honrar la memoria y el cine del viejo Larru — no podía evitar seguir indagando en la trayectoria de Gutiérrez. Sobre todo en su etapa documentalista, porque no acababa de entender cómo un cine tan interesante era tan poco conocido. Desgraciadamente yo estaba tan obsesionado con culminar el libro sobre Larruquert que no comprendí que tenía a mano otra entrevista fascinante. Ahora me arrepiento de no haber grabado aquellas conversaciones. Fui un estúpido. Queda en mi memoria, no obstante, un recuerdo claro de muchas de las confidencias que compartió Gutiérrez conmigo. Su temprana afición al cine muy determinada por la influencia de su *aita* y de su *ama*, por ejemplo. Su paso por la escuela de cine en Bruselas. O su película *La plaza de la música* (2010), un documental que le conmovía especialmente. Con él regresaba a Errenteria, su localidad natal, con una historia trágica y dolorosa que a él le afectaba personalmente. Y es que enfrente del domicilio familiar había una fábrica que trabajaba con



Juanmi Gutiérrez con su esposa, Kany Peñalba.

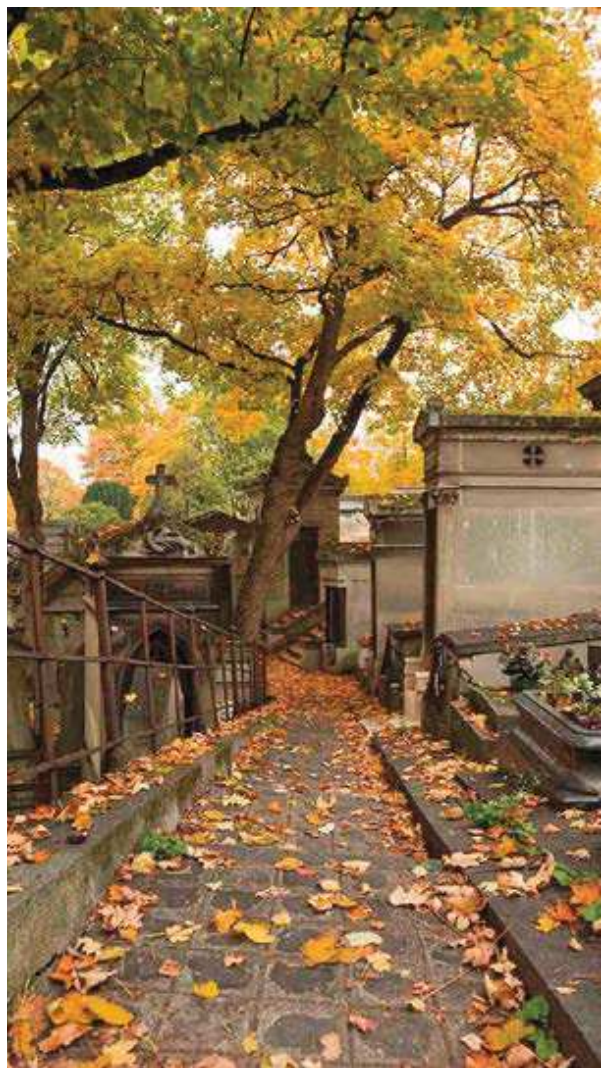


Fernando Larruquert.

fibras de amianto. El contacto con ese polvo venenoso hizo enfermar a su madre que murió soportando una verdadera agonía. Esa película era no solo un cálido homenaje a su ama sino también a todas las víctimas del amianto. Me habló también detenidamente de su experiencia de voluntariado en la cárcel de Martutene de Donostia, donde, junto con su mujer Kany Peñalba, acercaba el Séptimo Arte a los presos de la cárcel con un Cine-Club. Y como Juanmi convertía todas sus inquietudes vitales en cine de esa experiencia nació el documental *Mur-mur* (2012). Juanmi me veía interesado en su cine y en ese período me regaló algunas películas. Guardo un recuerdo especial de *Ateak zabalduz-Abriendo puertas* (2014), un documental donde Gutiérrez siguió ahondando en un cine de compromiso social, esta vez acercándose al movimiento okupa. Y de *Urak dakarrena-Lo que trae el agua* (2015), la historia de seis colectivos del barrio Txomin Enea de Donostia con el río Urumea como lírico testigo de un mundo que se desvanece ante la cámara de Gutiérrez. No en vano la sinopsis de la película está encabezada por este proverbio vasco: "Lo que trae el agua, se lo lleva el agua".

Pero si hay una película que me une a Gutiérrez es sin dudas *Angor* (2007). Juanmi y yo no pudimos asistir al entierro de Fernando Larruquert. Y esa espina se nos quedó clavada. Un día me propuso hacer una excursión al caserío Urdaine para despedirnos de Larru. El 3 de abril de 2017 partí a la mañana de Iruña y me encontré con él en Irun. Juanmi, que había hecho la labor de exploración previa, me

llevó a Urdaine y al idílico paraje de Lamizulo donde reposan las cenizas de Larruquert. Cuando regresamos le sugerí entrar en el cementerio de Irun que quedaba muy cerca del caserío familiar de Larruquert. Le dije que era un apasionado de los cementerios. Que me gustaba perderme, cuando tenía ocasión, en Père-Lachaise, en Montparnasse o en cualquier cementerio olvidado. Asintió con gusto y paseamos un buen rato por allí. Me preguntó entonces si había visto *Angor*, un documental que él había rodado en 2007. *Angor* es una película sobre cementerios en el mundo marcada por una operación de corazón que sufrió Gutiérrez en medio del rodaje. Cuando llegamos a Donostia me regaló un DVD con la película. *Angor* me conmovió profundamente.



Cementerio parisino de Père Lachaise.

Juanmi tras el visionado del documental:

“Me ha gustado mucho el documental *Angor*. Es, ante todo, una hermosa reflexión sobre la muerte. Ya lo hablamos en su día, pero qué pena que este tipo de cine realizado al margen de las grandes productoras no tenga más posibilidades de exhibición. No sabría qué destacar porque en general me ha parecido un documental soberbio. Me gustó mucho la comparación que haces de tu situación personal en esos momentos con los místicos sufíes. Por supuesto me ha encantado el capítulo cuatro. El tema judío, el antisemitismo, la Shoah, son temas que me afectan especialmente. El testimonio del judío deportado, la reflexión sobre el dolor permanente y el temporal, las imágenes estremecedoras de Auschwitz... es un capítulo lleno de fuerza. Por otro lado hay momentos de una ternura especial, conmovedora, en *Angor*. La historia, por ejemplo, de la niña enterrada con la muñeca. Esa muñeca es una ama cariñosa que le ayudará en ese duro trance en la oscuridad de la muerte. O tu frase cuando viajas en coche y

pasas por el túnel de Polloe recordando a tus aïtas. Y esa idea, que ya me la comentaste el otro día, de unir el anillo que te colocaron en el corazón con esos círculos con fotografías de las tumbas. Engarzados en un anillo todos acabaremos igual. Precioso. Una gozada el visionado.”

Después nuestras vidas siguieron. Por supuesto Juanmi y yo nos vimos más veces. Pero, ahora, cuando rememoro aquella excursión, me embarga una sensación que no percibí entonces. Ese 3 de abril del año 2017 nos adentramos en el territorio mítico de la infancia de Fernando Larruquert para despedirnos de un amigo. Y yo no comprendí entonces que ese día, charlando de la vida, de los cementerios y de la muerte, entre el ambiente sofocante y evocador de las viejas tumbas, en realidad, también me estaba despidiendo, de alguna manera y sin saberlo, de Juanmi Gutiérrez.

